

L.C.
125



DOÑA FRANCISCA LA CAUTIVA.

Nueva relacion y curioso romance, en el cual se refiere un portentoso milagro que ha obrado la Virgen santísima del Cármen con una señora viuda, que navegaba á Roma con tres hijos pequeñitos, á los que cautivaron los turcos, y como los libertó milagrosamente: con todo lo demas que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

O gran Reina de los cielos,
Madre de Dios soberana,
refugio de pecadores,

amparo de nuestras almas!
dame tu gracia, Señora,
para escribir esta plana.



18007

De Nápoles para Roma
 salió una nave marchanta,
 con una noble señora
 de sangre calificada;
 lleva tres hijos consigo,
 ángeles en forma humana,
 un niño es de cinco años,
 el otro á tres no llegaba,
 y el otro es de cuatro meses,
 que á sus pechos lo criaba,
 y en medio de la marina
 los turcos la cautiváran;
 desembarcanlos en tierra,
 y á los tres niños compraba,
 con la madre, un renegado,
 para el servicio de casa:
 y al fin le sirvió seis meses
 con paciencia muy sobrada.
 Pero al cabo de este tiempo
 un día el perro la llama,
 diciendo: Doña Francisca
 sabrás que tu amor me mata,
 y he de gozar tu hermosura:
 qué me respondes? acaba;
 reniega de Dios, reniega,
 y serás muy estimada.
 Renegar de Dios no quiero,
 respondióle la cristiana,
 solo creo en Jesucristo
 y en su Madre soberana:
 no mas de una vida tengo,
 y la doy de buena gana,
 solo por no quebrantar
 lo que la iglesia me manda:
 y el renegado soberbio
 á sus criados les manda
 que á una mazmorra la lleven,
 y que alli la aprisionáran.
 Obedecen el mandato,

en la mazmorra la entraran
 con el niño mas pequeño
 que á diez meses no llegaba,
 la echaron á su cintura
 una cadena pesada,
 y á cada pie su grillete,
 y una argolla á la garganta.
 Dábanle por alimento
 seis onzas de pan tasadas;
 y cuando le parecia
 el infame perro baja,
 y con un grueso cordel
 cruelmente la azotaba,
 y despues al angelito
 sus ropas le desnudaba,
 y con unas disciplinas
 soberbio le descargaba,
 hasta que la sangre brota
 por sus venas delicadas.
 Aqui fueron los lamentos
 del niño y su madre amada:
 se abrazaba con su hijo
 y al pecho se lo arrimaba.
 De alli se fue el renegado
 lleno de furor y saña,
 solo de ver que no puede
 lograr lo que deseaba.
 Mas no desiste; á otro dia
 vuelta á la mazmorra daba,
 adonde está la cautiva,
 con alagüeñas palabras
 la predica de Mahoma
 mil embustes y trapazas,
 diciéndola: si reniegas
 yo te daré muchas galas
 y costosísimas joyas
 para que estés adornada.
 Doña Francisca, prudente,
 de aquesta suerte le habla:

Esas joyas, gran Señor,
 usted bien puede guardarlas,
 que eso es un poco de tierra,
 polvo que no vale nada;
 y á quien el alma me dió
 no le costó tan barata:
 mas viendo los menosprecios
 que le hace la cristiana,
 soberbio se desespera,
 de coraje pateaba;
 de la mazmorra se sale,
 y á los dos niños agarra,
 asidos de los cabellos
 los arrastró por la casa,
 y á la mazmorra los lleva
 adonde su madre estaba,
 los despoja de sus ropas
 y de prisiones los carga:
 tomó una vara con furia
 y á los niños castigaba.
 Pero viendo los tormentos
 que el bárbaro egecutaba
 con sus tres queridos hijos,
 á renegar la obligaba.
 Renegó de cumplimiento
 solo porque se quietara
 la furia de aquel cruel,
 que con rigor castigaba
 aquellas tres inocencias
 sin haberle dado causa.
 Doña Francisca le dijo:
 desata, señor, desata
 á mis hijos de prision,
 que ya me humillo á tus plantas:
 reniego de Jesucristo,
 tambien de la Virgen santa,
 y del divino Misterio
 de la Trinidad sagrada.
 Pero nuestro Dios piadoso,

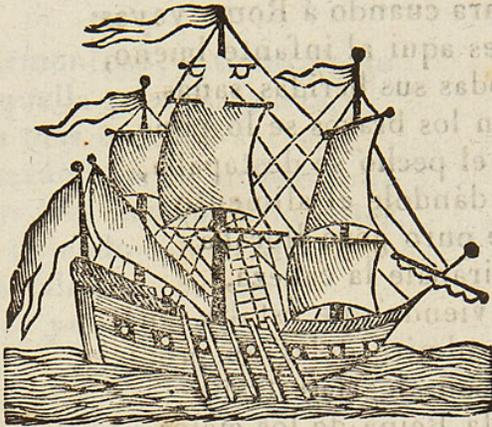
no quiso que aquella alma
 se perdiese, y dió licencia
 al niño que el pecho daba
 para que á su madre avise
 del peligro en que se halla;
 y entonces el angelito
 pronunció aquestas palabras:
 madre, qué es eso que dices?
 mira bien lo que te hablas,
 que aunque es de cumplimento
 mucho le daña á tu alma,
 que para morir por Dios
 no se ha de tapar la cara.
 Vivan los sacros misterios
 de nuestra Iglesia Romana,
 que mis hermanos y yo
 moriremos, y con gana,
 solo porque los defiendas
 con la vida y con el alma.
 Absorta quedó la madre,
 y de rodillas postrada,
 pidiendo misericordia
 al cielo los ojos alza.
 El renegado que ha oído
 al niño aquestas palabras,
 en vez de compadecerse
 mas el perro se irritara,
 y cogiendo al inocente
 contra un cimientto le daba,
 hasta que de su cabeza
 los sesos se le saltaban.
 Murió el inocente niño;
 y volviendo á la cristiana,
 con una gruesa cadena
 tan recios golpes le daba,
 que ya por los ojos brota
 la púrpura en vez de agua,
 y con soberbia la dice:
 dime, qué tienes, cristiana?

ves á tu hijo ya muerto?
 eso es lo que te falta?
 yo os lo freiré en aceite
 y os lo comereis mañana.
 De la mazmorra se sale,
 y á sus mayordomos llama,
 diciéndoles: qué os parece
 que se haga con la cristiana?
 mi intento es darle la muerte,
 mas bien hoy que no mañana.

Todos á una voz dijeron,
 es justo de que se haga:
 dijo el renegado entonces,
 pues idear nueva traza:
 qué castigo se ha de dar
 á esta homicida cristiana.
 Dejemos en este estado
 aquesta primera plana,
 que en otra segunda parte
 les diré lo que aqui falta.

FIN

DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

En la cual se da fin á la empezada historia de Doña Francisca la cautiva, y los varios acontecimientos sobre su rescate.

Sagrada Virgen María,
hija de Joaquin y Ana,
hoy, Señora, necesito
que me ayudeis con tu gracia,
porque mi turbada pluma
dé finiquito á esta plana.
Ya dije como quedó
en consulta esta canalla,
pero todos convinieron
en que muriese quemada.
Mandó el renegado al punto
que en medio de la real plaza
encendiesen una hoguera
con presteza y vigilancia,
lo cual breve egecutaron
lo que su amo les manda.

Dejemos en su alboroto
á estos bárbaros piratas,
y vamos á la cautiva
que entre prisiones estaba,
mirando á sus hijos, dice:
ay hijos de mis entrañas!
si no os hubiera parido
mi pena no fuera tanta:
y á vos Aurora impecable,
María llena de gracia,
estos hijos te encomiendo,
que ya sin madre se hallan.
Los infantiles se enternecen
y amargamente lloraban,
y á su madre le decian:
madre mia de mi alma,



no desconfieis, señora,
 que la Virgen nos ampara.
 Y postrada de rodillas
 puesta en oracion estaba,
 hechos dos mares sus ojos,
 las fuertes prisiones baña,
 y acabada la oracion,
 de aquesta suerte notaba:
 á vos celestial Princesa,
 que sois la luz de la gracia,
 fuente hermosa de piedades,
 que misericordias manas,
 intercede con tu Hijo
 se adozca de mi alma,
 y que perdone mis culpas:
 ya conozco que son tantas,
 que las arenas del mar
 será poco al numerarlas;
 pero tu misericordia
 jamás á nadie le falta.
 Y dichas estas razones,
 la mazmorra se llenaba
 de un resplandor celestial,
 y á los niños se arrimaba,
 quebrantando las prisiones
 sueltos los dos se quedaban,
 y hácia su madre se arriman;
 con alhagüeñas palabras
 le decian: madre mia,
 conoces á quien te habla?
 Quedó la cristiana entonces
 del caso maravillada,
 y postrada de rodillas
 así ha dicho en voces altas:
 dime ¿quién eres, Señora,
 que tanta alegría causas?
 Yo soy la Virgen del Cármen,
 devota mia, levanta,
 que vengo por tus tres hijos

para cuando á Roma vayas:
 ves aqui al infante bueno,
 todas sus heridas sanas.
 En los brazos se lo pone,
 y el pecho se destapaba,
 y dándole el alimento
 de puro gozo lloraba.
 Mirábale la cabeza,
 y viendo que estaba sana,
 se admiró del gran prodigio,
 y con alegría estraña
 á la Reina de los cielos
 de aquesta suerte le habla:
 ¿de dónde á mí tanto bien
 siendo yo tu indigna esclava?
 ¿cuándo merecí, Señora,
 que esta visita me hagas?
 Y le respondió la Virgen
 aquestas dulces palabras:
 hija, tu gran devocion
 me hizo á mí que bajara
 desde el cielo hasta la tierra,
 que amor con amor se paga.
 Has de saber que este hombre,
 que tanto á ti te maltrata,
 era muy devoto mio,
 y no quiero que su alma
 se pierda, y de su rescate
 tú sola has de ser la causa.
 Con esto se despidieron
 con amorosas palabras,
 muy alegres los infantes
 con su madre se abrazaban:
 quedate en paz, y no temas
 el castigo que te aguarda,
 que has de salir con victoria,
 libre, sin dolencia y santa,
 y siempre firme en la Fé,
 y santa Iglesia Romana.

Remontóse, y tomó vuelo
 aquella preciosa garza,
 la mas cándida azucena,
 llevándose en su compañía
 los tres hermosos infantes,
 y dejando á la cristiana
 fortalecida, de suerte
 que ya no le teme á nada,
 solo desea el morir
 por defender la ley santa.
 Prevenido ya el martirio,
 el vil renegado baja,
 y como la vido sola,
 con descompuestas palabras
 dice: á dónde están tus hijos?
 dónde se han ido, malvada?
 infame, no me respondes?
 Pero la noble cristiana
 le dió relacion de todo,
 diciéndole lo que pasa:
 señor, la Virgen del Cármen
 se los llevó en su compañía,
 y al niño que usted mató
 de nuevo vida le daba.
 Al oír estas razones
 se enciende en cólera y saña,
 y alzando cruel la mano,
 le pegó tal bofetada
 que la derribó en el suelo
 sin sentido y desmayada;
 y despues que volvió en sí,
 afligida se levanta,
 diciéndole, gran señor,
 dime, por qué me maltratas?
 no preguntas por mis hijos,
 y te he dicho lo que pasa?
 Segunda vez lo repite,
 diciendo: calla, malvada,
 que pues no has hecho caso,

de mí serás castigada.
 De la mozmorra se sale,
 y á recias voces gritaba:
 acudid, criados míos,
 pues ya teneis puerta franca,
 esto no tiene remedio:
 sacadla ya de mi casa,
 porque es cosa que me irrita
 muger tan desesperada,
 pues no le teme á la muerte:
 ea, al castigo llevadla.
 Al oír estas razones
 á la mazmorra bajaban,
 como unos leones fieros
 sus ropas le desnudaban,
 y dándole recios golpes
 á la vergüenza la sacan:
 pero ella mas encendida
 la santa ley predicaba
 de mi Señor Jesucristo,
 Redentor de nuestras almas.
 Llegaron al sitio, donde
 el incendio se aguardaba,
 y crueles la arrojaron
 entre las voraces llamas.
 Apenas hubo caído,
 el fuego activo se apaga,
 perdió sus flamantes luces
 sin que el pelo le agraviara.
 Mas viendo que queda viva,
 aquel alevoso manda,
 que de la trenza del pelo
 de una reja la colgaran.
 Al instante lo egecutan
 llenos de furor y saña:
 de una reja la colgaron,
 y en ella se la dejaban,
 adonde estuvo tres dias
 publicando en voces altas



de Dios sus sacros Misterios,
 y de la Iglesia Romana.
 Mas viendo que no moria,
 anda ideando mil trazas
 por donde poder quitar
 la vida á aquesta cristiana.
 Mandó trajesen dos potros
 y á sus colas la amarraran,
 y por las calles la saquen
 hasta que pedazos la hagan,
 y por si acaso no muere
 que la maten á pedradas.
 Obedecen al mandato,
 aunque muy de mala gana,
 que ya algunos de los turcos
 solo de oirla lloraban:
 y en fin, trajeron los potros,
 y por las calles la sacan.
 Los animales feroces
 humildes se arrodillaban,
 y entre tan grande tumulto
 todos á tirarle amagan:
 mas cuando á tirarle iban
 inmóviles se quedaban:
 y entre tanta confusion
 volvieron á la cristiana
 á casa del renegado,
 diciéndole lo que pasa.
 El renegado se admira,
 un golpe el corazón le daba;
 y conociendo sus yerros
 arrepentido lloraba,
 diciendo: divina Aurora,
 del Círmén Virgen sagrada,
 si de aqui salgo con bien

yo te empeño mi palabra
 de hacer vida penitente
 en una áspera montaña.
 Y una noche con secreto
 en una nave se embarcan
 los dos con cuarenta turcos
 que á voces piden el agua
 del bautismo, porque quieren
 morir en la ley de gracia;
 y ochenta y ocho cristianos
 trageron de retaguardia.
 Les fue el viento tan feliz,
 que en breve tiempo llegaban
 á la gran ciudad de Roma
 á que los absuelva el Papa.
 Los turcos se bautizaron,
 rindiéndole á Dios las gracias,
 Don Juan Alonso se fue
 á cumplirle la palabra
 que dió á la Virgen del Cármen,
 nuestra Madre y abogada:
 y despues Doña Francisca
 se fue á casa de su hermana,
 y en ella halló sus tres hijos,
 prendas queridas del alma.
 Ya dieron fin los pesares,
 ya las tristezas se acaban,
 ya todos se regocijan
 por maravillas tan altas.
 A la Virgen del Carmelo
 démosle infinitas gracias;
 y ahora Pedro de Fuentes,
 que es el autor de esta plana,
 al auditorio suplica
 perdonen sus muchas faltas.

F I N.

*Valencia: Imprenta de Liborda, calle de la Bolsería, núm. 18,
 donde se hallarán otros diferentes.*